

El Azogue

Seudónimo. Rebeca Cualquiercosa
Premio absoluto

Me sedujo de él su aspecto, como de persona que llega tarde a todas partes. Además, poseía ese aire de tipo descuidado, que se mimetiza con el entorno para resultar intrascendente, consiguiendo, en cambio, que todas las miradas se centren en él. Con la tercera década recién desprecintada, afirmaba no haber encontrado su lugar en el mundo y menos aún la persona con la que compartirlo. Mientras tanto soñaba con convertirse en diseñador de nubes, compositor de tormentas, quizá fisionomista de estrellas. Sabía que había mucha majadería en sus palabras e incluso cierto grado de postureo. Pero, a pesar de ello, no pude por menos que enamorarme de aquel tipo que, entre otras aficiones, tenía una que destacaba por encima de las demás: el coleccionismo de espejos.

Mis amigas me advirtieron que Samuel tenía una parte oscura, ese brillo en las pupilas que hace que los ojos muestren un sentimiento diferente al que esbozan los labios. Para entonces empero, ya había caído en un enamoramiento como no había sentido con el sinnúmero de gilipollas con los que había compartido el asiento trasero de unos cuantos coches y otras tantas frustraciones. Así, cuando apenas llevábamos ocho meses de relación, accedí a irme a vivir con él de forma transitoria, hasta ver cómo avanzaba la cosa.

Además de la cantidad de libros sobre psicología y esoterismo que había en la casa de Samuel, un ático en el centro heredado de su abuela, era increíble la cantidad de espejos que poseía. Los había de todos los tamaños y reflexiones posibles. Espejos en los que parecías pesar treinta o cuarenta kilos más. En algunos quedabas reducida a la mitad.

Otros en los que la imagen se desdoblaba convirtiéndote en la suma de varios cuerpos y varios te encogían o achaparraban, demudándote en una pigmea o una gigante. La ubicación de todos los espejos por toda la casa abarcaba desde el salón hasta los baños y, por supuesto, la habitación, convirtiendo nuestras constantes relaciones sexuales en la fantasía de todo voyeur.

Al principio me provocaba cierto mareo. La sucesión de imágenes proyectadas, unas sobre otras, convertía hasta los espacios más angostos en superficies infinitas con imágenes reproducidas hasta la saciedad en diferentes ángulos. Con el tiempo, sin embargo, lo que comencé a experimentar en aquella casa era la sensación de sentirme vigiladas; que detrás de la imagen de todos aquellos espejos habitaban seres que pueden que tuvieran mi imagen y mimetizasen cada uno de mis movimientos, pero que no eran yo.

Comencé a obsesionarme. A veces, cuando me encontraba en la ducha, el vello de la nuca se me erizaba y al girar sobre mí misma, antes de descubrir mi rostro pálido en los espejos que alicataban las paredes de los baños, me parecía intuir ciertas miradas desde el azogue de los espejos. Era como si ese material verdoso que convierte el cristal en un espejo, capaz de captar cualquier imagen que se dé ante él, fuera un lugar indeterminado donde se escondieran seres que, parapetados tras mis reflejos, observaran cada uno de mis movimientos. Incluso, en una ocasión mientras cocinaba, al sentir una presencia tras de mí y girarme con el cuchillo en la mano, me pareció que las infinitas imágenes que se proyectaban de mí sosteniendo el filo, del que se desprendían los restos del tomate que estaba tajando, suponían una amenaza. Como si anhelasen atravesar el azogue y lanzarse sobre mí, reclamando la vida en el mundo real que a ellas, a todas ellas, les era negada.

—No me encuentro a gusto entre tanto espejo —le confesé una noche, tras hacer el amor, en el que había tenido la misma sensación de siempre de sentirme observada.

El rostro de Samuel adquirió un tono severo, deformando sus facciones. Por primera vez vi en él al ser que había intimidado a mis amigas. Un doble fondo que no me había mostrado hasta ese momento, pero que me asustó como no lo había hecho nada ni nadie en toda mi vida.

—Los espejos ya estaban aquí antes de que tú llegaras —se limitó a contestar, girando sobre sí en la cama, hasta darme la espalda.

—No puedo vivir con ellos.

Sentí que sonreía al otro lado de la cama, como si en realidad lo que nos separase fuera un abismo. Miré entre la penumbra de la noche la pared de la habitación y los espejos hicieron que su espalda se multiplicase en una cantidad extraordinaria de ocasiones. Me resultó curioso, que con la cantidad de posiciones diferentes que tenían los espejos y las curvaturas de muchos de ellos, no pudiera verle el rostro en ninguno. Me dormí con la inquebrantable determinación de abandonar aquel lugar al día siguiente. Una cosa era que los espejos me dieran escalofríos, motivo más que suficiente como para huir, pero que Samuel también me los provocara resultaba definitivo.

Samuel había salido de casa cuando me levanté y amontoné en un par de maletas lo poco que había sumado en los meses que había vivido con él. Cuando entré al baño, para recoger mis enseres, descubrí que en el espejo central, el que quedaba sobre el lavabo, Samuel había escrito algo con uno de mis pintalabios. Una sola frase que, repetida en los cientos de espejos con los que contaba el baño, provocó un eco infinito en mi cabeza.

¿CUÁNDO FUE LA ÚLTIMA VEZ QUE SALISTE DE MI CASA?

Era verdad, no lo recordaba; era incapaz de saber cuándo había salido de aquel demencial marmágnum de espejos por última vez y, lo que era más importante, no sabía

dónde estaba la puerta de salida de aquel lugar. Era como si todos los reflejos conspirasen para negarme la huida de aquella locura que me robaba el aire y la razón.

Salí al pasillo, arranqué la barra de una cortina que, en lugar de dar a una ventana, velaba más espejos, y comencé a destrozar todos los espejos, dispuesta a encontrar la salida de aquel laberinto. Mi imagen se proyectaba de mil formas diferentes, en mil tamaños. Incluso en las pequeñas esquirlas en forma de lluvia de cristales rotos, en los que se convertían los espejos al ser golpeados, se apreciaba la furia con la que arremetía contra todos ellos; contra todos aquellos espejos que me habían provocado en apenas unos meses, una locura que me atenazaba, que me aferraba a un temor cada vez más creciente.

Al final solo quedó un espejo, solo uno. Un espejo de cuerpo y quien se reflejaba en él, a pesar de tenerlo delante, no era yo sino Samuel.

—¿Aún no lo comprendes? —dijo, un instante antes de que, con mayor furia si cabe, golpease con la barra de la cortina el centro del espejo, destrozándolo.

Con la calma de quien se sabe dueño de un secreto ancestral, Samuel recogió todos los restos de los espejos de la casa y llenó con ellos algunas cajas de cartón, que bajó a la basura. Algunos otros los recuperó, como en el que yo quedé atrapada en el azogue y desde el que veo a muchas otras, encerradas al igual que yo. A veces, ahora que ha vuelto a cubrir todo su piso con espejos, me asomo para ver cómo Clara, su nueva conquista, se estremece cada vez que una de nosotras se asoma por detrás de su reflejo. Nos gustaría poder gritar, advertirle de su error, suplicarle que huya. Pero sabemos que no es posible, solo podemos provocarle un escalofrío eléctrico en la espalda y rezar para que al fin, una de nosotras, huya de ese hogar sin destrozar los espejos y quedar presa de su azogue.